"Notas para una historia intelectual de la historia intelectual argentina", presentación de Mariana Canavese en el Seminario Interinstitucional de "Historia Intelectual de América Latina", El Colegio de México/UAM-Cuajimalpa/Universidad de Colima, 28 de junio de 2021. Queda prohibida su reproducción o cita sin autorización del autor.

Notas para una historia intelectual de la historia intelectual argentina.

Un ensayo de interpretación del campo*

Mariana Canavese (CeDInCI/UNSAM-CONICET)

Erigida sobre las críticas al programa clásico de la *history of ideas* encabezada por Arthur Lovejoy y expresión –entre otras– de la nueva configuración historiográfica que se inaugura hacia los años setenta del siglo pasado, la nueva historia intelectual es hoy un campo de estudios en el que convergen diversas aproximaciones: la escuela anglosajona de historia de los lenguajes políticos con Quentin Skinner y sus colegas de Cambridge; la línea alemana, desde la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y la historia de conceptos con Reinhart Koselleck hasta los estudios de recepción de la Escuela de Constanza; la vía estadounidense con Anthony Grafton, Martin Jay, Dominick LaCapra; la vertiente francesa de la *histoire intellectuelle*, la *histoire des intellectuels* de François Dosse, Jean-François Sirinelli, Christophe Prochasson, y la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon.

En Argentina, tiene un recorrido con ritmos, estaciones y derivas propias. Compone un campo de estudios dinámico que plasma en equipos de investigación, encuentros académicos y revistas especializadas desde donde se piensan y debaten cuestiones de método y prácticas específicas. Con afluentes de los estudios de recepción a la historia conceptual, es entre nosotros un espacio definido –aunque de límites imprecisos– desde los años noventa.

* Una primera versión –más extensa– fue puesta a discusión en el Seminario de Historia Intelectual del CeDInCI en diciembre de 2020. El que se presenta a continuación es un texto abreviado y adecuado a los requerimientos del Seminario de Historia Intelectual de América Latina del Colegio de México.

Hasta décadas recientes, el trabajo sobre las ideas en Argentina correspondió más a las canteras de la filosofía que de la historia. En el movimiento hacia la constitución de la historia intelectual como un área de estudios locales –parte de un proceso de profesionalización y de especialización del campo historiográfico en general–[1], ciertas menciones aparecen ya en la segunda mitad de la década de 1980 (Sabato, 1986)[2] y hay consenso en que el área comienza a nombrarse promediados los noventa. Para entonces, por ejemplo, los hermanos Alejandro y Fabián Herrero llevan adelante una encuesta sobre historia de las ideas en Argentina (Herrero y Herrero, 1994, 1996) donde es manifiesto el uso indistinto de las nominaciones de "historia de las ideas" e "historia intelectual". La perspectiva de la historia intelectual no aparece nítidamente enunciada y en todo caso se la incluye dentro de una suerte de renacimiento de la historia de las ideas antes que como una nueva modulación que disloca la tradición anterior.[3] Para el mismo momento, la revista de historia

[1] Promediada la década de 1980, en el contexto de la recuperación de la democracia y tras el cataclismo producido por la dictadura cívico-militar, el campo historiográfico argentino se profesionaliza, los espacios institucionales se redefinen, rejuvenecen áreas como la historia política y la historia cultural. Nora Pagano diagnostica a partir de los noventa un medio historiográfico "reprofesionalizado y normalizado" (Pagano, 2010: 45). La historia intelectual ocupa entonces, y lo hará por varios años, un espacio subordinado dentro de una "nueva historia cultural" que abarca ideas e intelectuales. Para los años siguientes, Hilda Sabato señala que la historia intelectual habría traído aires renovados a la historiografía argentina: "Las innovaciones más impactantes de estos años han sido introducidas de la mano de la historia intelectual y cultural" (Sabato, 2001: 44).

[2] En la revista *Punto de Vista*, Sabato aprovechaba el comentario del entonces reciente ensayo de Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, para pensar el lugar de la historia intelectual y proponer una suerte de careo con otras tradiciones historiográficas enmarcado en el concierto de las producciones internacionales y sin referencias todavía al campo local. En un texto programático, Carlos Altamirano (2005) ha sugerido que fue ése, quizás, el primer empleo entre nosotros de "historia intelectual" en el sentido que hoy le damos. Myers (2015) anota entonces la procedencia de una historia de las ideas renovada a partir de la concurrencia de la recepción de Michel Foucault y del marxismo cultural inglés así como la incorporación de la sociología de los intelectuales y de la cultura de Pierre Bourdieu y los inicios de una circulación regular aunque todavía restringida de los textos fundamentales de la "escuela de Cambridge" de historia de las ideas políticas y de la *Begriffsgeschichte*. Inscribe especialmente en sus orígenes locales los nombres de José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi.

[3] Todavía en 1990 pueden leerse la imprecisión, la ambigüedad y las tensiones que las nominaciones volcaban sobre los contornos y las características de esas áreas: mientras Oscar Terán refería a una historia de las ideas que no habría tenido entre nosotros "que aguardar […] a la irrupción de corrientes –cuando no de la moda– del análisis discursivo para desarrollarse. ¿Bajo qué otra adscripción teórica podrían si no colocarse algunos estudios elaborados por Levene, Palcos, Alberini, Canal Feijóo o José

intelectual *Prismas* publica su primer número (1997), que reúne ponencias y comentarios de las Primeras Jornadas "Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva sudamericana", realizadas en la Universidad de Quilmes en 1995.

Hoy es frecuentemente pensada como un área con nombre propio pero bordes poblados por múltiples hibridaciones; una subdisciplina de límites borrosos, una zona fronteriza de encuentros y tensiones permeada por diversos enfoques y estrategias. Pero, ¿qué diría una historia intelectual de la historia intelectual argentina? ¿Qué de la identidad en medio de la polifonía?

Estas páginas se proponen reconstruir aspectos que hacen a la historia intelectual argentina, algunos de sus desarrollos y perspectivas, de sus itinerarios y preguntas, a modo de balance de las últimas décadas. El recorte tiene al menos un problema, el de la poca pertinencia de una mirada nacional para una historia intelectual fuertemente tramada en diálogos, redes y colectivos regionales e internacionales. Teniendo en cuenta la importancia que adquieren los estudios latinoamericanos para pensar las disímiles y asimétricas condiciones de producción y legitimación mundiales, intento reparar en las especificidades que hacen al área en Argentina, si las hay, para advertir potencialidades y desafíos. Con sus aciertos y sus confusiones, el mejor destino de este ensayo de interpretación del campo es, por eso, el de contribuir a una cartografía latinoamericana de la historia intelectual contemporánea.

Luis Romero?" (Terán, 1990: 2); Altamirano afirmaba que, por fuera de las publicaciones académicas, el terreno más fértil de la investigación histórica era entonces entre nosotros el de "la historia de las ideas o historia intelectual": *La tradición republicana*, de Natalio Botana, *El espejo de la historia* de Halperin Donghi, *José Ingenieros: pensar la nación*, de Oscar Terán, y en la frontera: *Una modernidad periférica* de Beatriz Sarlo y *El discurso criollista* de Adolfo Prieto, todos trabajos publicados en los últimos cinco años, todos tienen como "materia principal algún sector del campo de las significaciones" (Altamirano, 1990: 3).

No obstante, detrás de ese objetivo puede notarse una inquietud más honda y abierta a debate. Hace ya varios años, Elías Palti recordaba cuando William Bouwsma advertía, sobre la situación de la historia intelectual norteamericana en los ochenta, una suerte de expansión de su alcance al punto de concluir que "ya no necesitamos historia intelectual porque todos nos hemos convertido en historiadores intelectuales" (Palti, 1998: 20-21). Ahora bien, si hay un interés creciente en los temas de la historia intelectual y sus proximidades, ¿a qué atribuirlo? Quiero decir: ¿por qué en este campo y no en otros, como el de las batallas militares o la historia de la religión? Y, en cualquier caso, por qué pensamos que hace sentido hablar de esto, o cómo se explica históricamente este retorno a una reflexión sobre la propia práctica, este giro autorreflexivo. Especialmente: ¿Hasta qué punto podemos omitir, en un balance de nuestro estado del campo, las preguntas sobre sus intelectuales hoy? Esto es, en qué medida la imprecisa definición de la historia intelectual se vincula con la crisis teórico-política en que emergió, qué hay de la relación entre teoría y política en el campo y qué efectos produce en la actualidad.

La hipótesis que propongo es que, desde los años noventa –coincidentemente con la enunciación de la pospolítica–, el auge de la historia intelectual operó como un contrapunto del declive de la función intelectual: dedicarse a estos estudios ha hecho que perviva una actitud activa cuando el grueso de la práctica intelectual daría más bien signos de agotamiento. Si los años sesenta y setenta fueron en Argentina un momento de politización de las/los intelectuales, y los ochenta la oportunidad de la expresión pública de su vocación, de los años noventa en adelante el privatismo se manifestó también en una suerte de enclaustramiento no pocas veces revestido de una cada vez más sólida profesionalización. La historia intelectual surge como

síntoma de una ausencia (la práctica intelectual como actividad urgente que convoca a la acción) y vuelve como nostalgia en el retorno del objeto.

Me pregunto si esta especialidad –un espacio en el que es posible hacer congeniar a la vez diversas tradiciones y distintos ámbitos– no ha sido la ocasión de mantener algo del brillo de una actitud activa en tiempos de pluralismo; si se ha intelectualizado el campo más allá de la política; si la historia intelectual no termina de saldar su dilema con la práctica intelectual concreta. Hace años, el historiador Ignacio Lewkowicz hizo el diagnóstico de una mímesis: "Los [enunciados] de Echeverría tenían por objeto la nación por hacer; los actuales, los de Echeverría" (Lewkowicz, 1997: 133); el objeto de aquellos intelectuales, la nación; el objeto de estos, aquellos intelectuales. Intelectuales que disertamos sobre intelectuales. En todo caso, ¿qué es hoy una práctica político-intelectual? ¿Qué debates de la historia intelectual se anudan ahora a una intervención política? Se podría argumentar que discutir intelectuales es un acto político, claro. Pero discutir intelectuales como práctica y como campo podría ser también un modo de auto-justificación de la inacción política. El problema es extensible al campo historiográfico en general, si no más allá; pero lo que hace a este asunto medular aquí es la centralidad de los intelectuales que pensamos siempre necesariamente en relación a la política, de ser sujetos de una práctica a ser nuestros objetos. Las/los historiadores intelectuales, ¿somos intelectuales, en el sentido que asocia teoría y política? Y también: ¿cuál es el punto ciego de nuestra historia intelectual? ¿Qué prácticas tenemos que crear para que otros horizontes sean posibles? Mi propuesta es, en principio, reconstruir y pensar las características del área.

Algunas entradas a la historia intelectual argentina

1. Sobre la (in)definición del campo[4]

Las propuestas de la historia intelectual emergen, en general en el mundo, de debates, críticas y reformulaciones de una historia de las ideas abocada al estudio de modelos de pensamiento, tipos ideales y obras canónicas de "grandes pensadores"; esto es, la autonomía de ideas abordadas desde algún esencialismo y descarnadas de sus temporalidades y contextos. De tal modo, la historia intelectual practica una desustancialización de las ideas que implica, ahora, que no solo se trata de qué dijo la autora/el autor, del contenido y la lectura interna de los textos, sino de cómo, por qué, cuándo es que se pudo decir lo que se dijo, de la íntima articulación entre textos y contextos, las condiciones de emergencia de las ideas tanto como las de su circulación y recepción.

Roger Chartier atribuía la vitalidad de la disciplina en Argentina a que "no ha estado encerrada en definiciones estrechas que a menudo la han debilitado" (Herrero y Herrero, 1996: 11). En ese sentido, Oscar Terán advertía allí un quehacer –el de una historia de las ideas todavía no claramente diferenciada de una historia intelectual– que ponía en estos términos: "Nuestra tarea no es describir cómo era Buenos Aires en 1895, sino cómo se lo representaban diversos observadores, que es un modo de describir cómo era Buenos Aires en 1895" (Herrero y Herrero, 1996: 161).

[4] Hay mucha bibliografía sobre este problema más allá del campo local, para citar un ejemplo remito a la conferencia en Cornell University que organizaron en 1980 Dominick LaCapra y Steven Kaplan, donde se advertían incertidumbres, hibridaciones y dificultades para dar con una única y aceptable definición de la historia intelectual, publicada poco después como *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Pespectives*. Puede verse también el más reciente *Rethinking Modern European Intellectual History*, editado en 2014 por Darrin M. McMahon y Samuel Moyn.

Entre los elementos de su conformación en Argentina suelen referirse una preeminencia inicial de las ideas filosóficas tanto como las lecturas críticas de aquella historia de las ideas al modo de la filosofía latinoamericana, sumado a la tradición local de historia social, la mirada latinoamericana y vinculada a la política.[5] Pero, justamente por la inquietud mencionada un poco antes y que atraviesa la clasificación abierta del área,[6] no podríamos adjudicarle las mismas características a la historia intelectual en Argentina, Brasil, Chile o México, o mejor, en América Latina y en Europa, en Europa y Estados Unidos. Si el desplazamiento que la historia intelectual produce respecto de la historia de las ideas viene de la mano de la reivindicación del rol del sujeto, de sus experiencias y estrategias, de las operaciones de contextualización, en Argentina se suman a lo anterior aspectos, por ejemplo, de la crítica literaria y la sociología de la literatura, de la recepción de Antonio Gramsci y de Raymond Williams, de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, de la historia cultural de lo social, la historia cultural de las ideas o la historia social de las ideas, de

[5] Un recorrido que, en sus trazos más gruesos, podría ir de perspectivas desde la historia del pensamiento o el estudio de las ideas filosóficas –en trabajos como los de Francisco Romero, Arturo Andrés Roig, Horacio Cerutti Guldberg y, claro, Leopoldo Zea a escala latinoamericana– hacia las perspectivas de historiadores de la renovación historiográfica –desde una historia cultural o social de las ideas en José Luis Romero o de una historia política de los intelectuales, según la interpretación de Altamirano para el caso de Halperin Donghi–. Para una síntesis historiográfica en este sentido y para décadas recientes, remito a los textos de Bruno (2010), Myers (2015) y Polgovsky Ezcurra (2010). Para un panorama desde la historia del pensamiento argentino, pueden verse los textos de Hugo Biagini y de Arturo Andrés Roig (AA.VV., 1990). Para un recorrido por algunos momentos de la historia de las ideas y la historia intelectual latinoamericanas, puede verse Tarcus (2015).

[6] Aunque acepta una distinción con la historia de los conceptos que valdría poner en cuestión, la siguiente definición cobija la amplitud sin sacrificar la claridad: "La historia intelectual analiza los procesos de producción de significados en el interior de una sociedad, centrando su análisis tanto en el producto final de esos procesos, con sus contenidos –que por su propia naturaleza están abiertos a una pluralidad de interpretaciones–, cuanto en los productores y en los contextos de producción de los mismos. […] [Un espacio cuya] principal prescripción metodológica parecería ser, pues, esta: que solo será historiográficamente legítima aquella exploración que acepte la necesidad de acceder –en términos historiográficos– al discurso por el contexto" (Myers, 2015: 182).
Aunque hay otras perspectivas sobre este aspecto, incluyo la historia conceptual (o, para decirlo en otros términos, la historia de los lenguajes políticos) como uno entre otros campos de estudio que constituyen la historia intelectual en sus formas locales.

Roger Chartier a Robert Darnton o Peter Burke, del postestructuralismo, los aportes del giro lingüístico y del giro material, con énfasis distintos.

De tal modo, la historia intelectual es, en Argentina al menos, la amalgama de la puesta en discusión de los parámetros de la historia de las ideas y la tradición de la filosofía argentina y latinoamericana con las marcas cinceladas por sus intelectuales desde espacios como la revista *Punto de vista* y ciertos elementos de las distintas vertientes críticas mencionadas al inicio.

Relacionado a ello, si en un balance no podría faltar la mención a las mediaciones de lectura, sus sujetos –quienes desbrozaron y nutrieron el campo con investigaciones, cursos, intercambios, proyectos e intervenciones–[7], esa mención debería dar cuenta de algo fundante de la historia intelectual entre nosotros que se relaciona con otras torsiones: esto es, no atender sólo a los grandes nombres o a los autores "consagrados", sino participar de un desplazamiento de las elites letradas a los hombres y las mujeres "corrientes", incluir profesores, editores, traductores, libreras/os, periodistas, militantes, etc., asumiendo una diversidad de sujetos antes ignorados que hacen a una concepción amplia de "intelectual".[8]

[7] En una lectura de la historiografía argentina en la que puede advertirse la lenta configuración de un campo local de estudios renovado para la historia de las ideas, Halperin Donghi concertaba en 1986 algunas referencias: obras como las de Adolfo Prieto y David Viñas en el cruce de la historia y la crítica literaria; Gregorio Weinberg y José Carlos Chiaramonte como quienes tomaron "la marcha de las ideas" como "un aspecto parcial de un desarrollo más general"; Natalio Botana y José Aricó con una reforzada conciencia sobre la relación de las ideas con el contexto histórico, "una conciencia igualmente aguzada de lo que el mundo de las ideas tiene de específico" (1986: 517-518). Estas referencias se suman a las mencionadas en otras partes de esta intervención, y a ellas habría que añadir para la segunda mitad de la década de 1980 el *José Hernández y sus mundos* de Halperin Donghi, por ejemplo. En la misma década otros cruces favorecían el sustrato de la historia intelectual. Entre las obras que han marcado el campo local son fundamentales las de Terán, Aricó, Altamirano, Sazbón, y los trabajos que desde la década de 1990 vienen publicando, entre otras/os, Tarcus, Palti y Myers.

[8] Entre muchos otros, por ejemplo, *Mariátegui en la Argentina, o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (El cielo por asalto, 2001), de Horacio Tarcus, *La Constelación Del Sur: traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX* (Siglo XXI, 2004), de Patricia Wilson; el volumen dirigido por José Luis de Diego *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2010* (Fondo de Cultura Económica, 2014) y su anterior *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* (Al Margen, 2001); *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI* (Siglo XXI, 2017), de Gustavo Sorá.

2. Objetos y desarrollos

Otra entrada a un balance de nuestra historia intelectual podría atender a sus objetos. Si partimos de los índices de las revistas del área, la agenda de temas es vastísima: va de la historia urbana, la historia de la ciudad y de la vivienda a la literatura y la estética, el cine, la música y el teatro, pasando por la recepción y circulación internacional de las ideas, las formas de circulación de la cultura letrada entre los sectores populares, las sociabilidades culturales, la prosopografía y la biografía, los intercambios epistolares, las redes intelectuales, la historia de la lectura, del libro y la edición, las revistas, la prensa y la opinión pública, la historia de los intelectuales, la función intelectual del maestro rural a las elites letradas, las profesiones y las historias disciplinares, la sexualidad, la familia, el psicoanálisis, las enfermedades, el positivismo y la cultura científica, los problemas de la modernidad y la posmodernidad, las tradiciones políticas, el peronismo, las izquierdas, los feminismos, la cuestión nacional, la construcción del Estado, las prácticas electorales y la ciudadanía, las representaciones sociales y políticas, la construcción de identidades. La historia intelectual pareciera omnisciente a partir de su propio pulso.[9] Ciertas líneas son medulares y atraviesan las investigaciones de los últimos años, como los estudios de recepción y circulación de ideas, el análisis de los lenguajes políticos, la historia de los intelectuales y la historia del libro y la edición.

En esta línea habría que inscribir también proyectos como el *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas* (CeDInCI).

[9] Tal como dice Omar Acha en un texto de muy reciente aparición: "La historia intelectual detenta otra ambición: la de evidenciar que toda historiografía es historia intelectual" (Acha, 2021: 29).

Este mosaico parcial e inconcluso da cuenta de una historia intelectual argentina que compone un campo de estudios vasto, mixturado y resistente a las taxonomías. Una zona de roces, diálogos e interacciones con la historia de las ideas, la historia cultural, la historia de los intelectuales, la historia política y social, la hermenéutica, la circulación internacional de las ideas, la cultura del impreso, los estudios de revistas y de redes, del libro y la edición, los enfoques de la sociología de la cultura, la crítica literaria, la historia conceptual, la historia disciplinar, la filosofía política, la historia de la técnica o de las disciplinas científicas, la antropología, la historia del arte o la arquitectura, el análisis del discurso, el materialismo cultural, los estudios culturales y poscoloniales, la historiografía. Un espacio heterogéneo, con las posibilidades y los problemas que trae negociar los límites del archivo, las apuestas metodológicas y los enfoques teóricos.

Si vale a modo ilustrativo, un campo emergente como es el de los estudios sobre revistas viene ganando espesor desde la década de 1980, gracias a las reediciones facsimilares y luego al acceso en línea.[10] De su uso como fuente a su conformación como un objeto en sí mismo, las revistas han devenido un espacio de confluencia de distintas perspectivas.[11]

Recuperando las líneas medulares poco antes referidas, en las investigaciones que se han ido desarrollando en los últimos años parece característica la presencia de aspectos diversos ligados a la circulación de ideas. Más allá de esa irradiación difusa, digamos que en términos específicos todo un subcampo de estudios se

[10] Proyectos, portales y colecciones digitales, entre ellos Ahira (Archivo Histórico de Revistas Argentinas) –dirigido por Sylvia Saítta, quien lleva también varios proyectos sobre revistas en el marco del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la UBA– y AméricaLee –coordinado por Karina Jannello en el CeDInCI–, han hecho accesibles publicaciones periódicas dispersas e incluso inhallables.

[11] Para un análisis pormenorizado de la emergencia del campo de estudios sobre revistas culturales y políticas en América Latina, véase Tarcus (2020).

relaciona con las perspectivas, contribuciones y debates teórico-metodológicos sobre la circulación internacional de las ideas, la recepción y los usos.[12] Se encuentran allí orientaciones más textualistas o más materiales. Se articulan los planos sincrónicos y diacrónicos. Se estudian mediaciones de interpretación y de soporte que favorecen los recorridos de las ideas, las transforman y encuadran de algún modo lo que se da a leer. Hay en esto, además, una dimensión geográfica, territorial, que estimula las cartografías en el área. Se analizan las lecturas, las interpretaciones y otras operaciones que hacen a la lógica de las elecciones de lo que se traduce y publica. Contamos ahí con aportes que van de la crítica literaria a la sociología de la cultura, que se integran a las propuestas de la historia intelectual y producen un conjunto de reflexiones sobre la importancia de los estudios latinoamericanos para pensar el lugar de las ideas. En un cambio de eje, de la soberanía del autor a la del lector, este subcampo dentro de la historia intelectual entiende las lecturas y sus usos como un acto siempre creativo; esto es: una perspectiva activa del lector, el análisis de los modos, canales y sujetos que hacen posible la circulación de las ideas, la reconstrucción de las redes de sociabilidad y las materialidades involucradas, el estudio de las formas de interpretación –de las apropiaciones a los rechazos– como hecho histórico. Se cuestiona la concepción atemporal, cerrada y definitiva de una obra y se propone, en cambio, una radical historización de las lecturas. Se discute, así, la existencia de interpretaciones "correctas" o "incorrectas" en favor de la productividad de los usos y se expone cómo la interpretación del lector puede ser

[12] Por ejemplo, los trabajos de Jorge Dotti (*Las vetas del texto*, Puntosur, 1990; *La letra gótica*, Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1992; *Carl Schmitt en Argentina*, Homo Sapiens, 2000), Hugo Vezzetti (*Freud en Buenos Aires*, Puntosur, 1989; *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Paidós, 1996), Juan Carlos Portantiero (*Los usos de Gramsci*, Grijalbo, 1999), Horacio Tarcus (*El marxismo olvidado en la Argentina*, El cielo por asalto, 1996; *Marx en la Argentina*, Siglo XXI, 2007; *La biblia del proletariado*, Siglo XXI, 2019; *Los exiliados románticos*, en dos volúmenes, FCE, 2020), mi propio trabajo sobre *Los usos de Foucault en Argentina* (Siglo XXI, 2015), haciendo mención de sólo algunos.

distinta de la intención del autor y abrir a la continua actualización de un texto. En las perspectivas que conforman hoy un área de estudios sobre la recepción y circulación internacional de las ideas están contenidas una aspiración anti-normativa y un trabajo profundo sobre la performatividad de las palabras para dar cuenta de cómo, en nuevas situaciones, las ideas no pueden sino estar siempre fuera de lugar y poder pensar esos efectos.

Otro tanto hace, por ejemplo, a los cruces entre los estudios de circulación y recepción de ideas y los estudios de traducción; una relación privilegiada (aunque no exclusiva) que involucra distintos abordajes, entre la traducción como práctica profesional y como metáfora.[13] En cualquier caso, la perspectiva de los estudios de circulación y recepción de ideas interviene en las contiendas mundiales por la dominación cultural, en lo que hace a las disímiles y asimétricas condiciones de producción y legitimación, respecto de los desafíos de pensar la circulación internacional sin que la presencia de campos intelectuales con más recursos económicos y mejores posiciones institucionales opaque las especificidades y el dinamismo de los diferentes caminos de la circulación latinoamericana, y en un sentido fundamental que advierte lo que de mercantilización de las ideas tiene su circulación internacional.

3. Espacios

Si esta amplitud atenta todavía contra una lectura más precisa del campo, una clave de acceso fundamental se le debe sin duda a sus espacios y redes forjadas a partir

[13] Para una aproximación a algunos aspectos de la traducción en el campo de la historia intelectual en la Argentina reciente puede leerse el artículo de Griselda Mársico (2017).

de la renovación y el crecimiento de ámbitos institucionales en el país desde mediados de la década de 1980. Los medios de su conformación y consolidación han sido lugares de formación y discusión, en principio especialmente dos ámbitos académicos dirigidos por Oscar Terán en la Universidad de Buenos Aires: la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que fue titular por varias décadas, y el Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura creado en 1988 en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". Se suman luego el Programa de Historia de las Ideas y Análisis Cultural (de 1994) con sede en el Centro de Historia Intelectual (CHI, Universidad Nacional de Quilmes/UNQ)[14] y los proyectos encarados desde el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) que convergen en el Seminario permanente de Historia Intelectual y recepción de ideas, entre otros proyectos.[15] Pero también, el Centro Edith

[14] Desde 1998 Programa de Historia Intelectual, luego Programa de Historia Intelectual Latinoamericana y actualmente Programa de Historia Intelectual Argentina y Latinoamericana –dirigidos consecutivamente por Terán, Altamirano y Adrián Gorelik–. En ocasión de su exposición en el Seminario de Historia Intelectual de América Latina del Colegio de México (sesión del 24/02/2020), José Alonso Salas proponía la existencia del "Grupo Quilmes" –con una impronta que combinaría la tradición de historia social de José Luis Romero y las herramientas de la sociología de Pierre Bourdieu, entre otros aspectos–. La propuesta abrió una discusión acerca de si se trata de un grupo definido, con qué características. En cualquier caso, organizado inicialmente por Terán y Altamirano, junto con Palti, Myers y Gorelik, se dio la tarea de pensar de un nuevo modo la historia de las ideas: en 1997 crearon la revista *Prismas* con el objetivo de darle un espacio renovado a la historia intelectual; en 1998 se presentaron por primera vez colectivamente fuera de la Argentina, en el congreso de la Latin American Studies Association; idearon encuentros como La Argentina en el siglo XX (1999) y proyectos que los llevaron a establecer redes regionales, como el de una historia de los intelectuales en América Latina. Aunque como grupo es heterogéneo en sus referencias teóricas, sus aproximaciones metodológicas y sus posiciones políticas, y aun cuando sus marcos intelectuales e institucionales exceden con mucho a la UNQ y a su planta docente, ese espacio gesta proyectos de investigación que los amalgaman en un colectivo, en actividades cuyos resultados se expresan también en publicaciones.

[15] Centro de documentación inaugurado en el barrio porteño de Almagro en 1998 y abocado a la preservación del patrimonio documental y cultural de las izquierdas, el CeDInCI ha ganado una fuerte y creciente incidencia regional e internacional no sólo como biblioteca, hemeroteca y archivo sino como centro de investigación en ciencias sociales y humanas. Dirigido por Horacio Tarcus, el Centro ha llevado adelante proyectos colectivos que van de los estudios de recepción de ideas a las revistas político-culturales en la historia intelectual, pasando por las redes político-intelectuales, las prácticas de lectura y los proyectos editoriales de las izquierdas argentinas y latinoamericanas. Aloja el Seminario de Historia Intelectual y recepción de ideas, creado por Tarcus en 2009 y formado por investigadores/as y becarios/as de diferentes universidades argentinas. Buena parte de las

Stein[16] a cargo de José Emilio Burucúa y otros núcleos y programas de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), como el Centro de Investigaciones en Historia Conceptual (CEDINHCO) más recientemente organizado por Claudio Sergio Ingerflom;[17] el Programa de Historia Cultural del Instituto de Estudios Históricos que dirige Mariano Di Pasquale en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF); las actividades promovidas por el Programa de Historia y Antropología de la Cultura y el Programa Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual con sede en el Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR); todo un grupo de investigadoras/es que radican sus trabajos en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y en el Instituto Ravignani de la UBA; los encuentros hospedados por el Instituto de Desarrollo Económico y Social de Buenos Aires (IDES); experiencias como la del Taller de Historia de las Mentalidades que funcionó en la década de 1990, bajo la coordinación de Cristina Godoy y Eduardo Hourcade, como anexo a la cátedra de Teoría de la Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario; entre otros y con apoyos institucionales como los de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Hay que decir que el crecimiento del CONICET desde 2003 funcionó como puntal y refugio de estas investigaciones.

La consolidación del campo de estudios se expresa, además, en la nueva Maestría en Historia Intelectual de la UNQ, en cursos de posgrado en el CeDInCI y

perspectivas abrevan en los estudios de recepción de ideas y en una historia intelectual más cercana a la historia de las/os intelectuales donde podrían leerse correspondencias con la escuela francesa –de Roger Chartier a Christophe Prochasson– tanto como con la escuela de Constanza.

[16] Más volcado hacia la historia cultural y del libro, la lectura y la edición en diálogo con las producciones de Chartier.

[17] Vinculado con la escuela italiana de Giusseppe Duso y Sandro Chignola.

en la Escuela de Humanidades de la UNSAM y en una presencia más generalizada –aunque también difusa– en las universidades.[18]

Entre estos espacios y dentro de cada uno son visibles distintos modos de entender y practicar la historia intelectual, que van de matices a contrastes político-programáticos. Algo de esto puede leerse en el derrotero de la polémica conocida como "No matarás", generada por la carta de Oscar del Barco en 2004 y que tuvo un hilo de intervenciones variadas sobre la historia argentina reciente, la violencia revolucionaria y la identidad de la izquierda (Palti 2008, 2010, 2012; Petruccelli 2011; Sotelo 2011; Tarcus 2007, 2008, 2013, entre otras).[19] No voy a detenerme en el debate y sus corolarios, mi interés aquí es otro: de la puesta en discusión de la violencia revolucionaria a la lucha por los sentidos del marxismo, la polémica expresó posiciones político-historiográficas que podrían resumirse como "perspectivas deconstructivas versus perspectivas reconstructivas" (Petruccelli 2011). Para lo que aquí interesa, se tramaban dos modos de la historia intelectual que forman parte de un mismo universo: mientras que en la forma de sus intervenciones y en la lógica de su argumentación Palti se ubicaba en el enfoque de la historia conceptual, Tarcus lo hacía en una perspectiva material de historia intelectual. Me resulta difícil pensar esos enfoques escindidos y no, por el contrario, como parte de un mismo campo de estudios que hace a la "nueva historia intelectual" y a la diversidad de sus abordajes: del giro lingüístico y la tensión entre historia de las ideas e historia intelectual a las

[18] Que va, por ejemplo, de los seminarios de grado de José Sazbón y de Oscar Terán en la UBA a los más recientes cursos de posgrado en esa misma casa de estudios.
[19] La carta de Del Barco siguió a una entrevista a Héctor Jouvé en la que relataba la experiencia en el Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta y los fusilamientos de militantes por parte de la organización. Ambas fueron publicadas por la revista cordobesa *La Intemperie*.

formaciones político-intelectuales de las izquierdas y sus expresiones, vinculada con el giro material.

De tal modo, ese debate puede leerse como una clave de acceso a ciertas configuraciones de la historia intelectual argentina: una filiación marxista que va, en Tarcus, de las lecturas de Maurice Merleau-Ponty, Perry Anderson y Antonio Gramsci a las de José Aricó,[20] José Sazbón y las vertientes que arraigan en el giro material, los grupos y sus revistas político-culturales, las redes de alcance nacional, continental o global, los marxismos latinoamericanos; el interés, en Palti, en la historia de los lenguajes políticos, el análisis de textos clásicos desde la concepción de la función performativa del lenguaje filiado en las propuestas de la escuela británica (Pocock y Skinner), la escuela alemana (Koselleck), la historia conceptual y la nueva historia política, orientado por un fuerte examen teórico y lógico atento al universo abierto por el giro lingüístico que estudia las elites intelectuales desde el punto de vista de las discursividades. Palti ubica a Tulio Halperin Donghi en la genealogía de la historia conceptual[21] y sitúa una afinidad estrecha con Oscar Terán, fundada en las actividades profesionales compartidas en la UBA y en la UNQ tanto como en una lectura crítica de los supuestos historicistas de la historia de las ideas y los intentos

[20] Tarcus ubica a Aricó en la genealogía de los estudios de recepción de ideas al subrayar que el autor de *Marx y América Latina* (1980) y *La cola del diablo* (1988) atiende a la operatoria situada de las ideas y sus efectos, "aunque todavía (y no sin incomodidad) apele a la terminología de las 'influencias'"; véase Tarcus (2019).

[21] Es una construcción genealógica que abre discusiones. En todo caso, sobre las contribuciones de Halperin a la historia intelectual –incluso cuando sus intereses historiográficos, lejos de ceñirse a un aspecto, se abrieran a distintas dimensiones de la vida histórica y a sus articulaciones–, decía Fabio Wasserman que a partir de la década de 1990 "no hay investigación vinculada a la historia intelectual y de los intelectuales de los siglos XVIII y XIX rioplatense e iberoamericano que no dialogue con su obra" (Wasserman, 2018: 64); de esos años ya algunas de las interlocuciones que tramaron Palti, también Myers. Wasserman sintetizaba las contribuciones de Halperin al desarrollo de la historia intelectual de esos siglos, "en tres enfoques que hoy día informan este campo de estudios: examinar a los letrados considerando las tramas en las cuales estaban insertos; superar los abordajes tradicionales de sus producciones que se basaban en la clasificación y en la filiación de las ideas; tratar a la historia argentina en un marco continental" (Wasserman, 2018: 66).

por desmarcarla de la "filosofía latinoamericana".

Si en Terán estaban tempranamente las marcas de una tentativa por pensar la historia de las ideas con nuevas herramientas y preguntas,[22] en Altamirano la historia intelectual recorre el camino hacia una historia de los intelectuales: entendidas como irreductibles una a otra, la última "debía ser la historia de un actor que inscribía su acción en diferentes arenas, la más visible de las cuales era la arena del debate cívico, aunque la intervención de los intelectuales en la escena política estaba lejos de agotar sus ámbitos y formas de actividad. Por cierto, la producción discursiva y las creaciones culturales eran dimensiones esenciales de la práctica intelectual. Los objetos, las fuentes y las tareas de una historia de las élites culturales, sin embargo, excedían los de una historia organizada en torno de obras, corrientes de pensamiento, movimientos artístico-literarios" (Altamirano, 2012: 162). Entre las lecturas de Bourdieu y Williams, de Halperin, Prieto, Viñas y Real de Azúa, se advierte en Altamirano una práctica de la historia intelectual atenta a los "hechos de discurso" en la que se intersectan la historia política, la historia de las elites culturales y de la literatura, con vínculos con la crítica literaria y la sociología de la cultura, dispuesta sobre obras que han jalonado la construcción de la identidad latinoamericana. De tal modo, el CHI está integrado por distintas filiaciones y líneas teóricas: aunque comparten el espacio en la UNQ, así como el interés por el estudio de elites intelectuales, las distancias en los modos de abordar la historia intelectual por parte de Altamirano y de Palti son, sin embargo, notorias.

[22] Su *José Ingenieros. Antiimperialismo y nación* (1979) es ya una expresión de ese intento de renovación de la historia de las ideas que implica el uso de nociones foucaultianas para el análisis local. Lo mismo podría decirse de las marcas de una preocupación identitaria que atraviesa a la historia intelectual en América Latina, una pregunta por la identidad presente especialmente en los primeros trabajos de Terán y que cala hondo y configura un problema en torno a cuáles serían los marcos de referencia, cuáles los momentos en el proceso abierto de construcción de una identidad latinoamericana.

Al textualismo y a la historización de las lecturas se suman otras perspectivas ya mencionadas, pero también lo que hace a enfoques que no suscriben a una distinción entre historia de las ideas e historia intelectual: quienes relativizan la novedad de esta última, le cuestionan desconocer los aportes de una larga trayectoria latinoamericana y reclaman "una actitud más dialéctica, no solo oposicional" (Herrero, 2021: 98). Así, podría pensarse que no hay tal cosa como un corte quirúrgico entre historia de las ideas e historia intelectual en Argentina, y para muchos la historia intelectual no se diferenciaría claramente de la historia de las ideas, de la historia cultural, de la historia de los intelectuales, de la historia social de la cultura, etc. En cualquier caso esto indica una diferencia respecto de lo que ocurre en otras latitudes, por ejemplo respecto del escaso intercambio de la historia intelectual europea entre sus variantes francesas, alemanas, anglosajonas.[23]

4. Revistas y encuentros colectivos

Los medios locales de la nueva historia intelectual han sido también las revistas, desde donde se llevaron adelante políticas de traducción, se promovieron intervenciones y debates y se alojaron producciones específicas. Aun con la preeminencia de la historia social que se desprende del análisis de Martha Rodríguez (2003) sobre la historiografía argentina en la década de 1990, aquellos son los años en que empiezan a aparecer revistas propias del campo. Esto es, si bien en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales de Tandil* (*Anuario IEHS*), *Estudios Sociales* y *Entrepasados* –tres revistas que nacen entre mediados de los ochenta e

[23] Probablemente dejo fuera de este primer esbozo otras líneas que requerirían una consideración más detallada, en relación por ejemplo con el ensayo político y la tradición nacional y popular.

inicios de los noventa, con amplia circulación y vinculadas a ámbitos universitarios– se destina entonces "el 14% a problemáticas agrupadas laxamente bajo el rótulo de historia cultural", de las ideas e intelectual,[24] para entonces *Punto de Vista* ya venía dando cuenta de la renovación que traía a la historiografía la historia intelectual, y poco después surgen *El Rodaballo* (1994-2006), *Prismas* (desde 1997) y *Políticas de la memoria* (desde 1998). Más adelante aparecen *Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas* (desde 2000)[25] y *Eadem utraque Europa* (desde 2005). Luego, *Conceptos Históricos* (2014). Esto sin contar el espacio que gana el campo en ciertos números de *Prohistoria* (desde 1997), de la *Revista del Museo de Antropología* (desde 2008), de *Los Trabajos y los Días* (desde 2009), entre otras. Sin ir más lejos, este año *Perspectivas Metodológicas* –de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica y el Centro de Investigaciones en Teorías y Prácticas Científicas, de la Universidad Nacional de Lanús– publicó la primera entrega del dossier "¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?", coordinado por Alejandro Herrero, y la revista *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* –publicación sobre historia de la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas– viene de editar el dossier "Ensayos y debates sobre historia intelectual y marxismo".

Al rol de las revistas se suma una presencia editorial que va de colecciones como la Biblioteca del Pensamiento Argentino que Halperin Donghi dirigió para Ariel,

[24] Un porcentaje que oscila entre 8% y 25%, dependiendo de la revista (Rodríguez, 2003).

[25] Del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA/CONICET), fundado y dirigido en Mendoza por Arturo Andrés Roig, junto con la Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas del mismo centro de investigaciones y el Seminario Permanente de Filosofía e Historia de las ideas. Aún en esa línea que se remonta a una presencia de Roig en la Universidad Nacional de Cuyo ligada a la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana, la revista se abre a nuevos enfoques y contribuciones.

pasando por títulos de colecciones como Historia y cultura, Metamorfosis o Sociología y política (en Siglo XXI), Historia (en el Fondo de Cultura Económica), Cultura y Sociedad (en Ediciones Nueva Visión), a las ediciones del CeDInCI, de la editorial de la UNQ y ciertos títulos de editoriales independientes (del Cielo por asalto a Biblos, pasando por Tren en movimiento).

Otros medios hacen a las redes que incorporan a la Argentina en un entramado de producción y reflexión regional y global. En esta línea se sitúan las Primeras Jornadas "Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva sudamericana" (UNQ 1995), ciertas mesas en las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia –el principal evento universitario de Historia en Argentina, que se celebra desde 1987–, los Talleres de Historia Intelectual que desde 2008 co-organizan bienalmente IDACOR (UNC-CONICET) y el CHI (UNQ), los congresos bienales de Historia Intelectual que tienen lugar desde 2012 en distintas ciudades latinoamericana,[26] las Jornadas de Historia de las Izquierdas que el CeDInCI organiza desde 2000, los proyectos de investigación y ateneos mensuales relacionados con la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis en el marco del Programa de estudios históricos de la psicología en la Argentina que Hugo Vezzetti dirige en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la UBA.

Algunas perspectivas

Intenté presentar un recorrido con posibles entradas a la actual historia intelectual argentina. Un recorrido que no deja de pensarla y escribirse desde el presente.

[26] Se realizaron en Medellín, Buenos Aires, Ciudad de México, Santiago de Chile. Estaba previsto para 2020 un CHIAL en Montevideo que debió postergarse por la emergencia sanitaria mundial.

Metodológicamente diversa, la historia intelectual conforma hoy en Argentina un campo consolidado. Ha contribuido, también, a un sustrato ineludible en cualquier estudio histórico (aquel de lo cultural e intelectual, de lo simbólico y afectivo, de los discursos, las representaciones, significaciones y luchas por el sentido de la vida histórica y las visiones del mundo) y a nuevas discursividades y enfoques que la exceden y que permean a la disciplina histórica y más allá. Pero, ¿qué cambió en este poco más de cuarto de siglo de historia intelectual? ¿Qué desde la diseminación, podríamos decir epistemológica, que notaba Carlos Altamirano en aquel texto programático de 1999? ¿Vela acaso su eclecticismo cierta neutralización?

Aunque la búsqueda de definiciones y el establecimiento de delimitaciones tampoco han estado entre las aspiraciones iniciales de nuestra historia intelectual, sus contornos no se han clarificado, quizás por el contrario, y el campo hoy pareciera definirse en sus prácticas. Martha Rodríguez (2003) mencionaba para la historiografía argentina de la década de 1990 algo de estos aspectos visibles en la historia intelectual local: una tendencia a "la dispersión y la fragmentación (temático-metodológica) correlativa con otra [tendencia] orientada hacia la especialización. Este proceso es acompañado por una visible 'baja tensión en el debate' y ausencia de interpretaciones globales, rasgo que se suele relacionar con fenómenos tales como la despolitización, la neutralización o la profesionalización". No podríamos, pues, adjudicarle a esta área algo que hace al menos al campo histórico en general, cuando no a la tan referida ausencia de un paradigma dominante para el amplio arco de las ciencias sociales y humanas. Por otro lado, tal vez sí se haya modificado una tendencia visible en los noventa, la de una multiplicación de estudios monográficos pero una ausencia de obras de historiadores argentinos pensadas como "libros

integrales resultado de una necesariamente lenta pero también más completa y compleja elaboración" (Fradkin, 1993: 163). En el campo de estudios de la historia intelectual es conocido el recorrido de la tesis doctoral al libro. Si esto se debe a una nueva costumbre de la cultura académica, a la proliferación de tesis doctorales o incluso si se trata de obras integrales y no de estudios monográficos, es algo que podrá discutirse pero que no opaca el hecho de una vasta publicación de "obras" en el área, buena parte de las cuales da cuenta de estudios actuales, miradas renovadas y con incidencia en la cultura local, regional e internacional. Lo anterior no quita que ese panorama venga acompañado de características más generales y menos atribuibles a particularidades del campo, como la falta de articulación entre distintas producciones, la circulación endogámica de las investigaciones y todo lo que trae la normalización producida por la burocracia académica. En este sentido, y recuperando la pregunta sobre qué diría este balance de nuestro estado del campo sobre sus intelectuales, habría que retomar una inquietud sobre los costos de la profesionalización (la despolitización como efecto estructural de la autonomización de los campos, la pérdida de debates y sentidos articulados con otros espacios, la burocratización visible en la falta de crítica a la calidad de lo que se produce tanto como en las condiciones materiales de trabajo que la generan). Aquí, como en el mundo, el campo está tramado hoy por miradas parciales; lejos de las pretensiones globalizadoras, es teórica y metodológicamente heterodoxo, carece de enfoques, temas o períodos privilegiados. Todo esto excede –tanto como hace– a la historia intelectual actual.

La historia intelectual parece haberse demarcado como un área con nombre propio en los últimos años. Si recuperamos las preguntas que se hace localmente

aparece una pronunciada perspectiva latinoamericana –una deriva político-intelectual que estaba contenida ya en la historia de las ideas–, diversos modos de discurrir sobre lo que nos reconoce y aquello en que los argentinos nos reconocemos en América Latina, una puesta en diálogo global, la atención a conceptos políticos caros a nuestras realidades ("república", por ejemplo), una reconstrucción de nuestras tradiciones desde las formas de lectura y apropiación, el énfasis en el estudio de las redes, las formaciones culturales y sus expresiones. Las aproximaciones de la nueva historia intelectual argentina expresan una integración, con distintos acentos, de fragmentos y reformulaciones de las distintas vertientes mencionadas al inicio de esta exposición, incluyendo un careo con las tradiciones latinoamericanas del trabajo sobre las ideas. Se hibrida especialmente con las lecturas de los diversos marxismos latinoamericanos y tiende a enfatizar las tramas de la circulación de ideas más que las de su producción. Tiene, también, una jerga específica. A todo lo cual no escapa tampoco este artículo.

En ningún caso las entradas a la historia intelectual local antes referidas agotan los temas. Queda abierta una agenda donde inscribir otros desarrollos posibles. Por ejemplo:

Toda un área específica en relación con el libro y la edición viene consolidándose en Argentina en las últimas décadas. Se relacionan con ese espectro los desafíos de la recuperación de trayectorias, redes y espacios de sociabilidad de editores, libreros, traductores así como el análisis de las políticas que inciden en el mundo editorial. Queda por delante saldar las dificultades de carecer de bases públicas y actualizadas para acceder, por ejemplo, a la cantidad de ejemplares impresos y las ventas a escala local y regional, y poder dimensionar la circulación y

analizar ritmos editoriales.

Es deseable, por otro lado, apostar a intercambios más fluidos y menos nominales con otras áreas. A modo ilustrativo, el diálogo con los estudios de traducción permite profundizar en el análisis de los textos mismos de las traducciones, problematizar las herramientas que hacen posible el abordaje de la operación de traducción, pensar qué ofrecen los distintos usos de la noción de "traducción" a la historia intelectual (como práctica, como frontera, como batalla político-cultural, como método de análisis, como experiencia historiográfica, etc.), reconstruir las trayectorias de traductores para recuperar su indispensable mediación cultural.

Otros aspectos relacionados con articulaciones (sincronía/diacronía, cualitativo/cuantitativo, micro/macro, local/global) pueden pensarse a partir de las formulaciones de la "historia global", la "historia transnacional", las "historias conectadas", las "historias cruzadas". La historia intelectual tiene mucho que brindar respecto de la reconstrucción de interacciones, el análisis de las asimetrías, los problemas inherentes a las conexiones a gran distancia, el trabajo sobre archivos fragmentarios, los modos de pensar la agrupación o de reponer la diversidad, las transferencias materiales y culturales, el estudio de la constitución y relevancia de las redes, etc. Estos, entre otros temas, permiten seguir reflexionando críticamente en torno a una geopolítica de la circulación de ideas, descentradamente, a distancia de la representación de un espacio común de encuentro, cuestionando la ilusión de homogeneidad en favor de lecturas situadas.

Otro tanto hace a objetos de la historia intelectual con derecho propio, como las revistas, la correspondencia, la biografía individual y la prosopografía, además de la deuda que apenas comenzamos a afrontar con los análisis desde una perspectiva

crítica proveniente de las teorías feministas y los estudios de género.

Estas y otras ideas acerca de cómo podríamos acercarnos a la historia intelectual tal como se viene practicando en Argentina dan cuenta una vez más de la imposibilidad del catálogo definitivo o el inventario total. Atravesada por el interés en las experiencias tanto como en las construcciones lingüísticas, rizada por los distintos giros que en los últimos años modularon el movimiento de la historiografía, la historia intelectual ofrece nuevas claves interpretativas. En sus formas actuales en Argentina viene, en fin, a romper con cualquier tipo ideal, en los términos de "modelos" y "desviaciones", "originales" y "copias", y a renunciar a cualquier pretensión normativa, sea en los términos de la traición, el desvío, la mala lectura o la lectura incorrecta. Habilita así nuevos puntos de vista desnaturalizados y descentrados, no esencialistas ni dogmáticos. Siempre mestizos. Lejos de una tradición férrea, es entre nosotros un espacio polifónico y vital, abierto a la experimentación y al debate teórico-metodológico. Y, en este sentido, sus límites imprecisos son también sus posibilidades.

Ahora bien, en qué medida estas virtudes, que rechazan una identidad fija y promueven la desustancialización, no traen también consigo, solapado, el nuevo sentido aplanado y dominante de un "hedonismo un poco espiritualizado", como diría Zizek. Propongo pensar si, aunque nos hemos habituado a usar los plurales y a pensar situacionalmente, la historia intelectual local no ha relegado la consolidación de tramas de colectivos interrelacionados, de intervenciones críticas sostenidas y de disputa de sentidos político-culturales en favor de los imperativos académicos o las ilusiones de la consagración entre pares. En este punto insiste una inquietud inicial: si la práctica intelectual parece haberse trasladado a otros espacios (movimientos

territoriales, organizaciones civiles), ¿qué de la práctica de la historia intelectual local trasciende los derroteros profesionales? Problematizar la función intelectual es inescindible de una apelación no discursiva a las propias prácticas que podría volcarse hacia la conformación de lo contemporáneo como objeto –no subsidiario– de reflexión (¿qué pasó, por ejemplo, con los intelectuales en el ciclo progresista latinoamericano?), tanto como hacia una práctica político-cultural orientada a un pensamiento del afuera.

Una agenda en la configuración actual del campo no puede soslayar, así, las discusiones sobre la función intelectual, sobre las propias maneras de hacer y los efectos más allá de los espacios académicos, sobre la creación de sentidos y la generación de sinergias.

Referencias

AA.VV. (1990): *Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, Buenos Aires, CICH.

Acha, Omar (2021): "Marxismo e historia intelectual en la Argentina (y más allá): notas para una investigación", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, nº 18.

Altamirano, Carlos (1990): "Breve apología de la historia intelectual", *Espacios de crítica y producción*, nº 8/9, diciembre 1990-enero 1991.

Altamirano, Carlos (2005 [1999]): *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Altamirano, Carlos (2012): "Sobre la Historia Intelectual", *Políticas de la Memoria*, n° 13.

Bruno, Paula (2010): "Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad", *Cercles. Revista d'Història Cultural*, nº 13.

Fradkin, Raúl (1993): "Enrique Tándeter, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*", *Entrepasados*, nº 4-5.

Halperin Donghi, Tulio (1986): "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", *Desarrollo Económico*, vol. 100, nº 25.

Herrero, Alejandro; Herrero, Fabián (1994): "Encuesta sobre Historia de las Ideas", *Estudios Sociales*, nº 6. Y: "Encuesta sobre Historia de las Ideas (II parte)", *Estudios Sociales*, nº 7.

Herrero, Alejandro; Herrero, Fabián (1996): *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*, Santa Fe, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral.

Herrero, Alejandro (coord.) (2021): *¿De qué hablamos cuando hablamos de historia*

de las ideas o historia intelectual?, *Perspectivas metodológicas*, UNLa, vol. 21.

Lewkowicz, Ignacio (1997): "Una mirada sin embargo sombría", *Discutir Halperin*, Buenos Aires, El cielo por asalto.

Ársico, Griselda (2017): "Traductología e historia intelectual: una exploración de las posibilidades de diálogo interdisciplinario", *Lenguas V;vas*, nº 13.

Myers, Jorge (2015): "Discurso por el contexto: hacia una arqueología de la historia intelectual en Argentina", *Prismas*, nº 19.

Pagano, Nora (2010): "La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos", en Fernando Devoto (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina en los últimos veinte años (1990-2010)*, Buenos Aires, Biblos.

Palti, Elías (1998): *"Giro lingüístico" e historia intelectual*, Bernal, UNQUI.

Palti, Elías (2008): "La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de *La fidelidad del olvido* de Blas de Santos y el 'affaire del Barco'", *A Contracorriente*, vol. 5, nº 2.

Palti, Elías (2010): "La violencia revolucionaria como problema histórico-conceptual. Notas para una arqueología de la subjetividad militante", en Luis Ignacio García (ed.),

No matar II, Córdoba, UNC.

Palti, Elías (2012): "La historiografía militante 'ponderada' y su método", *Prismas*, nº 16.

Petruccelli, Ariel (2011): "El marxismo después del marxismo", *Políticas de la Memoria*, nº 10/11/12.

Polgovsky Ezcurra, Mara (2020): "La historia intelectual latinoamericana en la era del 'giro lingüístico'", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [Online], Current issues, Online since 27 October 2010, connection on 15 June 2020. DOI: https://doi.org/10.4000/nuevomundo.60207

Rodríguez, Martha (2003): "Una década de historiografía argentina (1990-2000). Orientaciones, temas y problemas", *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, vol. 2-3, nº 2-3.

Sabato, Hilda (1986): "La historia intelectual y sus límites", *Punto de Vista*, n° 28.

Sabato, Hilda (2001): "La historia en fragmentos: fragmentos para una historia", *Punto de Vista*, nº 70.

Sotelo, Laura (2011): "Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica: Una discusión con Elías Palti", *Políticas de la Memoria*, nº 10/11/12.

Tarcus, Horacio (2007): "Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco", *Políticas de la Memoria*, nº 6/7.

Tarcus, Horacio (2008): "Elogio de la razón militante. Respuesta a Elías J. Palti", *Políticas de la Memoria*, n° 8/9.

Tarcus, Horacio (2013): "La devaluación logicista de la historia. Última réplica a Elías Palti", *Prismas*, nº 17.

Tarcus, Horacio (2015): "Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del IIº Congreso de Historia Intelectual de América Latina", *Pléyade*, nº 15.

Tarcus, Horacio (2019): "José Aricó y la historia del marxismo en América Latina. La problemática de la recepción y la historia intelectual", primer seminario internacional *Diálogos entre la antropología y la historia intelectual*, México, septiembre 2019.

Tarcus, Horacio (2020): *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Buenos Aires, Tren en Movimiento.

Terán, Oscar (1990): "Apuntes sobre la historia de las ideas", *Espacios de crítica y producción*, nº 8/9, diciembre 1990-enero 1991.

Wasserman, Fabio (2018): "Intelectuales, sociedad y política en los siglos XVIII y XIX:

la historia intelectual en el espejo de Halperin Donghi", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Número Especial, 2018.